



# AYER Y HOY



N.º 30

Julio - Agosto 1952

*felix Loquileva*  
52

## NUESTRA PORTADA

San Pedro (copia del Greco),  
por Félix V. Aguilera.

### DIRECTOR:

D. Clemente Palencia.

### CONSEJO DE REDACCIÓN:

D. Fernando Allué.

D. Mariano García Rojas.

D. Guillermo Téllez.

D. Alfonso Bacheti.

## SUMARIO

*Conde de Casal.*—Homenaje y recuerdo.

*Clemente Palencia.*—Elogio a Toledo en la pluma de Cervantes.

*Marqués de Valdeiglesias.*—El Jueves Santo en Toledo.

*Fernando Espejo.*—Alonso Fernández de Avellaneda y Toledo.

*Azorín.*—Navarro Ledesma. Página poética.

*Pincel.*—Los caballos de Velázquez. Opiniones sobre «Luz sin tiempo».

*Pablo García Manzano.*—Observaciones en un baile.

*Pablo Gamarra.*—La Hermana Campanera (continuación).





## DEL TOLEDO DE AYER

# Homenaje y recuerdo

EL solemne acto de imposición de la Encomienda de la preciada Orden de Alfonso el Sabio al Director de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, D. Julio Pascual, celebrado en la Sala Capitular del Concejo toledano en la pasada festividad del apóstol San Pedro, trajo a la memoria de los más viejos asistentes, aquel otro también celebrado en el mismo lugar, uno de los más evocadores del siglo de Oro, de la urbe imperial, el 24 de Junio de 1917 con motivo de la concesión del título Oficial y de Primera Clase a la selecta entidad que allí se reunía.

En las intimidades del hogar de alguno de ellos, con veneración conservada, puede verse el grupo fotográfico que artista toledano sacara entonces. Todos en la plenitud de vida y culturales actividades, hoy, sin embargo, casi desaparecidos en su totalidad.

Vense en él la característica efigie del fundador D. Rafael Ramírez de Arellano, aquel erudito cordobés trasladado y aclimatado en Toledo, por vicisitudes de la política que le sirvieron para estudiar y publicar múltiples obras sobre artífices locales, desde los mozárabes de la Antequeruela y la Sal, que años después habían de tener su complemento en los trabajos del arabista y miembro de la Española, González Palencia. De él fué la idea de convertir en academia, un año antes, la tertulia de literatos y artistas, que en particular domicilio, venía celebrándose. Era el consabido principio de tantas otras academias del Estado.

Por fortuna regía éste un monarca digno descendiente de aquellos Borbones del XVIII que las protegieron y alentaron; y ocupaba el Ministerio de Instrucción Pública D. José Francos Rodríguez, siempre propicio a respaldar regios deseos que redundaran en favor de la cultura nacional. Y a Toledo vino a presidir el aludido acto y a ofrecer, aunque modesta, primera subvención estatal. Meses después y antes de terminar el año, el Mar-



qués de la Torrecilla, Mayordomo Mayor de Palacio, y donante, por cierto, de manantiales de sus fincas para un modesto abastecimiento de aguas, nos participaba haber concedido el Rey el preciado calificativo de «Real» a la naciente academia que de este modo venía a completar su personalidad.

Agrúpanse en la aludida fotografía, el enérgico Arzobispo Cardenal Guisasaola, celoso defensor de los prestigios de la Mitra; y los canónigos Sres. D. José M.<sup>a</sup> Campoy; Don Angel M.<sup>a</sup> de Acevedo; Nieto, historiador del Hospital Tavera, y Don Narciso Esténaga, verdadero archivo viviente de la Catedral Primada, asesinado ya de Obispo Prior de las Ordenes Militares, por la pasada y criminal revolución.

Con los representantes de la Iglesia, los del Ejército D. Verardo G.<sup>a</sup> Rey, González Simancas, buen investigador como D. Hilario González; los arquitectos D. Ezequiel Martín y D. Juan García Criado; los catedráticos San Román, padre e hijo; el notable crítico Vegue Goldoni; los artistas Vicente Cutanda, Sánchez Comendador y D. Sebastián Aguado, que desde las ruinas de señorial palacio hizo revivir las artes del barro; el Dr. Moraleda, coleccionista de la azulejería local, e infatigable intérprete de orígenes pueblerinos; el entonces joven Roberto Rubio Rosell y, como supervivientes, Santiago Camarasa, iniciador después de aquella exposición

de artes regionales de Santa María la Blanca, y el, durante años, secretario Adolfo Aragonés, comentar de Ercilla...; todos los que con algún otro que a esta rápida evocación escapa, supieron emular antiguos y beneméritos prestigios.

Culminan éstos en la ocasión presente en dos artistas que, por ostentarlos, están al frente de la Real

Academia, D. Julio Pascual, émulo de los Villalpando del siglo de Oro, y el secretario D. Enrique Vera, laureado pintor perteneciente también a la Real Academia de San Fernando.

La solemnidad académica de aquel día del 1917, a la que como ahora asistieron las autoridades locales e invitados de Madrid, terminó en fraternal banquete que en la última del pasado día de San Pedro se celebró por amable invitación del ingeniero D. Angel Ortiz en lo alto del Cerro de los Palos, uniendo a la arriesgada empresa de la traída de aguas ya realizada, el fantástico ensueño de Juanelo.

Toledo, Junio de 1952.

EL CONDE DE CASAL

Académico H. de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo





## Elogios a Toledo en la pluma de Cervantes

Por CLEMENTE PALENCIA

*Fragmento de la conferencia pronunciada en los Cursos de Vacaciones para extranjeros, en el Colegio Mayor «Jiménez de Cisneros», de Madrid.*

...Brotó, siempre fácil, el elogio a Toledo en nuestro Miguel de Cervantes. De otras ciudades españolas conservaba recuerdos amargos; aun de su propia cuna —Alcalá de Henares—, en donde se consumió su infancia tediosa, llena de estrecheces. Cárcel, en Sevilla; persecuciones, en Castro del Río; el proceso por la muerte del caballero navarro Gaspar de Ezpeleta, en Valladolid. Solamente en Toledo encuentra una esposa; en el pueblecito de Esquivias, al que las Relaciones Topográficas hechas por orden de Felipe II, ocho años antes de la boda de Cervantes, le declaran lleno de hidalgos. De allí era Doña Catalina de Salazar y Palacios.

Y su novia eterna, la incomparable Dulcinea, la mujer que él soñó, era también de un pueblecito toledano que se llamaba El Toboso.

Su pluma, siempre genial, había de analizar minuciosamente los encantos de Toledo y de su tierra. En la Jornada Primera de su comedia *La Entremetida*, escribe:

### Torrente.

No puede decir que come  
el que masca y no lo traga.  
No se me vaya a la mano,  
que de ésta, si acaso es culpa,  
ser me sirve de disculpa  
el membrillo toledano.  
Sé cierto que decir puedo,  
y mil veces referillo:  
*espada, mujer, membrillo,*  
en toda ley de Toledo.  
.....

La espada española. ¡Qué viva

estampa de nuestra raza! Vosotros, damas y caballeros franceses, también tenéis vuestros caballeros que esgrimen espadas heroicas, como la *Durandal* de Rolando, con la que, según poéticas leyendas, abrió los Pirineos por dos sitios para dar paso al ejército derrotado de Carlomagno, que también lució en sus manos la célebre espada *Joyeuse*.

En los tiempos de Cervantes ya declinaba el poderío español y las espadas descansaban con dolientes nostalgias en el pecho de los nobles. Recordemos la resignada amargura del *Caballero de la mano al pecho*, del Greco. Pero si Cervantes tiene que dar una espada a Don Quijote, desearía que fuese de troquel toledano, y por eso leemos en la famosa aventura de los leones: «El autor de esta verdadera historia exclama y dice ¡Oh fuerte y sobre todo encarecimiento animoso Don Quijote de la Mancha... Tú a pie, tú solo, tú intrépido, tú magnánimo, con sólo una espada y no de las del perrillo, cortadoras».

Eran éstas las famosas espadas que tenían por marca un perro pequeño, fabricadas por el armero toledano Julián del Rey. Y en el capítulo XIX de la 2.<sup>a</sup> Parte vuelve a decir «que Camacho tenía prevenidas danzas de espadas y de cascabel menudo», aludiendo a las danzas que se hacían en todo el Reino de Toledo con unas espadas, de las que escapaban los jugadores a fuerza de astucia.

Toledo era para Cervantes la ciudad del más activo comercio. Teresa Panza dice al cura que averigüe «si hay alguien que vaya a Madrid o a Toledo, para que compre un verdugado redondo, hecho y derecho» (Don Quijote, cap. L de la 2.<sup>a</sup> Parte).

Sus dos novelas ejemplares: *La fuerza de la sangre* y *La Ilustre Fregona*, abundan en constantes alabanzas a la Imperial Ciudad. La casa de Rodolfo lucía un precioso artesonado, con damascos ricos en las paredes; parece complacerse nuestro primer novelista en esta suntuosidad con que rodean los enamorados al objeto de sus cuitas. «Había abundancia de plata labrada en aquel Mesón del Sevillano». ¡Qué sublime picaresca la de estos mozos Carriazo y Avendaño, que quedan en Toledo, fascinados por la atracción de Constanza!

\*\*\*

No puede abandonar Cervantes la consagrada metáfora de «la pesadumbre» que desde Garcilaso cae sobre Toledo. Pero en el poeta de la Corte del Emperador Carlos era una pesadumbre espiritual del desterrado que añora a su patria. Tal vez ese mismo estímulo de los recuerdos mueve la pluma de Cervantes, cuando dice: «Toledo, peñascosa pesadumbre, gloria de España y luz de sus ciudades antiguas».

Es como una cláusula testamentaria que pone en su última obra, en el *Persiles*.



## RELIGIÓN Y ARTE

## El Jueves Santo en Toledo

Habiéndome pedido la Revista «Estilo» un artículo sobre Toledo, creo que más interesante que cuanto mi modesta pluma pudiera contar, sería reproducir una crónica de aquel periodista de entusiasta vocación que fué mi padre, y que, por evocar un Jueves Santo en la imperial ciudad y referirse al Monumento Grande expuesto aquel año a la adoración —y admiración— de los fieles, me parece ha de suscitar gratos recuerdos en quienes lo presenciaron y la simpatía de cuantos —con «Mascarilla»— sienten el hechizo de Toledo.

MERCEDES ESCOBAR DE ORTIZ

Fueron varias las familias madrileñas que acudieron ayer a Toledo para recorrer las estaciones. También estuvo en la imperial ciudad, acreditando su buen gusto, Su Majestad el Rey. Lo hermoso del día —en contraste con el mal tiempo de hoy—, justificaba, además, la excursión.

La carretera es una de las que está construyendo el «Patronato de firmes especiales», y, en cuanto se terminen las obras de los dos trozos que aún faltan, podrá ser considerada como modelo. Bien alquitranada. Parece una pista. Encintado blanco en los bordes; pintados de blanco los postes del telégrafo en su parte baja; y también con pantalones blancos, los árboles... Señales luminosas. «Toda la lira» de una carretera bien hecha. Ni en los Estados Unidos hemos visto tantas perfecciones. Aquí se hacen así las cosas: o la carretera en que se hundan los vehículos o esto. No cabe duda de que esto —¡oh, Pero Grullo!—, es lo preferible.

\* \* \*

Llegamos a la catedral en el momento en que el cabildo esperaba al cardenal para oír el «Miserere». Bien vestidos estos conónigos con sus esclavinas de armiño. Pero antes hemos de hacer la primera estación en la Catedral.

El monumento es magnífico; además, de muy buen gusto. Hace veintitantos años que no se ponía; desde los tiempos del cardenal Sancho. ¿Nos será lícito sospechar que en todos los perfeccionamientos que se notan en la Catedral en los últimos años aparece la mano de nuestro compañero en la Prensa —¡y qué compañero!— el popular deán señor Polo Benito?

Aparece el monumento armado en una de las últimas bóvedas de la nave mayor, detrás del coro, hacia la puerta del Perdón. Es obra de comienzos del siglo pasado, trazada y dirigida por el arquitecto don Ignacio Háam. De madera pintada, imitando jaspes, presenta una sola fachada, majestuosa. La adornan diez y siete estatuas talladas en madera.

Una escalinata de treinta gradas conduce al tabernáculo, donde se destaca el Sagrario. Frente al monumento, colgada en el centro, una cruz colosal, que antes aparecía formada por luces de aceite y hoy refulge iluminada por centenares de bombillas eléctricas, deslustradas, que recortan su silueta.

Al pie, en el suelo, los cuatro tan conocidos globos de plata, que simbolizan las «cuatro partes del mundo», pertenecientes al tesoro de la Catedral.

Una idea para el año que viene: la colocación de otros tantos reflectores que enfoquen a cada uno de los cuatro globos y puedan hacer reverberar las piedras preciosas de que están cuajados.

También vale la pena de que se fije la atención en la cruz de plata del tesoro, que abre sus brazos tendida en el suelo, ante el monumento.

\* \* \*

Recorremos las estaciones. El propio deán nos ha marcado algunos de los templos que debemos visitar. Completa nuestra previa información el consejo de Vegue y Goldoni: el Hospital del Rey, Santa Clara, las Gaitanas, Santo Domingo el Real, Santo Domingo el Antiguo, San Clemente, las Ursulinas, el Colegio de Doncellas, las Capuchinas, San Juan de la Penitencia... Más de lo que el católico más escrupuloso debe hacer en este día. Pero a quienes, además de cumplidores religiosos, son aficionados al arte, todas estas estaciones aún le saben a poco.

En estos templos que recorremos hay de todo; conventos pobres con monumentos modestos; otros, hermosos y artísticos; en algunos, riquísimas telas.

Dominan entre éstas las clásicas vestiduras encarnadas y amarillas, antiguas, cuyos vivos tonos hizo empalidecer el tiempo; vestiduras tan buscadas y deseadas por los anticuarios. Y sólo en algún convento



hallamos, formando contraste con aquellas vestiduras, otras modernas de damasco valenciano chillón, acaso cambiadas por otras antiguas, con mengua del arte, por algún despierto chamarilero.

En las Capuchinas llaman nuestra atención un precioso dosel bordado, del cardenal Aragón, y dos magníficas alfombras antiguas, que parecen de Cuenca.

En las Ursulinas resultan curiosos para el visitante los letreros dedicados a las alumnas. Unos mueven a la piedad: «Toma a Jesús por modelo—A fin de ganar el Cielo». Otros resultan de actualidad evidente: «Respetar la autoridad—Y tendrás tranquilidad».

¡Santo Tomé! ¿Quién visita iglesias en Toledo y deja de acudir a la que conserva una de las obras maestras del Greco? Pero «El entierro del conde de Orgaz», como los demás cuadros y las imágenes, está tapado.

¿Perdido el tiempo en ir? Nada de eso. La excursión permite recorrer esas calles estrechas y laberínticas de Toledo que forman su fisonomía característica y que tanto entusiasmaban a Bécquer. ¡Aquella plazuela de Santo Domingo, rincón romántico del poeta! En ella pueden leerse ahora dos lápidas: una dedicada por unos estudiantes —¡buenos chicos!— al evocador de las leyendas toledanas, y otra que recuerda que allí fueron pronunciadas, en las fiestas de homenaje a Bécquer, las vibrantes frases con que el inolvidable Ortega Munilla compuso, en honor de aquél, uno de sus más hermosos discursos. ¡Lástima que no fuera tomado taquigráficamente!

Cualquier calle es un encanto; cualquier plaza, una sorpresa; cualquier encrucijada, una evocación. Perderser por estos laberintos es uno de los mayores placeres para el enamorado de lo bello y de lo tradicional. Por algo Toledo es único.

Cuando declina la tarde y la media luz se extiende suave sobre edificios antiguos, puertas claveteadas, balcones y ventanas con hierros retorcidos y cuevas empinadas, parece que va surgiendo de las piedras y de los herrajes, de las torres y de los campanarios, el alma de Toledo. Evocación, misterio, arte, poesía... ¡Que no quiten, por Dios, a Toledo su carácter! ¡Que no le modernicen! El Señor libre a la ciudad, relicario de bellezas, de una Exposición universal o nacional con todo el aparato de reformas inherentes a ella.

\*\*\*

Anochece cuando sale la procesión del histórico Cristo de las Aguas. Nosotros la vemos pasar desde Zocodover. Figuran en ella esculturas de los siglos XVI y XVII, una manga parroquial del XVI y la

valiosa reliquia donada por el Papa San Gregorio a Recaredo I después de haber abjurado éste del arrianismo.

No son unos pasos de mérito extraordinario; pero sí muy interesantes.

En la penumbra hace el desfile de la procesión aún más efecto; se difuminan los rostros, desaparecen los detalles y queda la impresión del conjunto. Así, a la luz de los cirios y los artísticos faroles, causan aún más impresión las Dolorosas, producen todavía más angustia los Cristos...

Unas bengalas y unas saetas completan el efecto.

\*\*\*

Pasa la procesión. El público comienza a dispersarse. Ha llegado el momento de un bien ganado descanso, después de varias horas de recorrer calles y plazas, y antes de emprender el regreso.

Como nosotros han venido a pasar la tarde en Toledo muchas personas de Madrid. Además de Su Majestad el Rey y del ministro de Gracia y Justicia que le ha acompañado, hemos visto a numerosos y distinguidos excursionistas. A la hora del te —alrededor de las ocho—, el Hotel Castilla parece, por su concurrencia, el madrileño Ritz.

Horas después —noche oscura—, regresamos a Madrid. A la luz de los faros apreciábanse, mejor que de día, las acertadas reformas de la carretera. Olías, Illescas, Parla...

Y al entrar, por el Prado —el Museo y San Jerónimo, a la derecha—, perdura en el ánimo la impresión producida por una tarde consagrada a la Religión y al Arte.

MASCARILLA

**CIGARRAL**, órgano de los Seminarios de F. E. T. y de las J. O. N. S., nueva publicación toledana.

Con la evocación de una palabra que es abolengo y característica de Toledo, y bajo la poderosa inquietud de unos jóvenes entusiastas, preparados por su cultura de un modo excepcional, ha comenzado a publicarse, en Toledo, una nueva revista mensual que ha despertado gran simpatía.

Una de sus finalidades concretas es el estudio de la realidad política, económica y social de España, pero al mismo tiempo relacionarlo todo con Toledo, con afán divulgador y sentido práctico, respecto a los problemas que suscitan los momentos actuales.

AYER Y HOY desea una larga vida a la nueva revista, felicitando a sus colaboradores por la acertada labor emprendida.



# ALONSO FERNANDEZ DE AVELLANEDA Y TOLEDO

**A**LGUIEN nos cuenta cómo un hidalgo anciano, enjuto de carnes, a lomos de un caballo, va a entrar en Toledo. Lleva acompañamiento: le llevan engañado. Entraron en la ciudad por «la puerta que llaman del Cambrón, dejando a la mano izquierda la de Visagra».

El ya citado caballero, creyendo que conduce, es conducido. La meta de su viaje: la Casa del Nuncio; no hace falta aclarar de dónde. Don Quijote de la Mancha, por otro nombre el Caballero Desamorado, va a ingresar, sin saberlo, en un hospital de orates.

¿Cómo es el que un manicomio se llame Casa del Nuncio? Francisco Ortiz, Nuncio que fué del Papa Sixto IV, fundó a finales del siglo XV, en Toledo, el Hospital de Inocentes, más tarde llamado por el pueblo del Nuncio, en recuerdo de su fundador. En principio era asilo de niños y locos; posteriormente quedó habilitado, únicamente, para estos últimos.

Estamos en la agonía del siglo XVI; quizás en el nacimiento del XVII. La fama del centro sanitario precitado era enorme. Don Alvaro de Tarfe, amigo de Don Quijote, decide internarle en él. Desde Zaragoza, lugar donde se tomó la decisión, el Caballero Desamorado recorre montes y campos hasta Toledo. ¿Había otros lugares propios para su confinamiento? Es posible, y sin embargo, cruzó media España.

¿Cómo estaban aposentados aquellos hombres que tenían perdido el juicio? Alonso Fernández de Avellaneda nos habla de ello en el falso Don Quijote de la Mancha, capítulo XXXVI y postrero.

Por él sabemos que la Casa del Nuncio tenía un patio; las celdas donde los enfermos estaban ence-

rrados, daban a él, separadas por fuertes rejas. A través de las ventanas se ven «muchos hombres, de los cuales unos tenían cadenas, otros grillos y otros esposas».

Al igual que en los tiempos presentes, los locos, cuya mente tenía medio recobrado el seso, eran empleados como criados. ¿Era, exclusivamente, su obra de beneficencia? Don Alvaro de Tarfe pagó la estancia de Don Quijote. Rocinante murió al servicio de la Casa del Nuncio.

Avellaneda cita a Toledo, en su novela, en varios lugares. De una manera general en los capítulos XVIII, XXXIV y XXXV. En el VI, al hablar Sancho de los destinos apetecibles, mienta la importancia de los canónigos toledanos. La tarasca es citada en el capítulo XXXIII.

No se sabe quién era Alonso Fernández de Avellaneda. Hay teorías sobre su personalidad para todos los gustos. Cervantes, en la segunda parte del Quijote, dice de él que parecía aragonés «porque tal vez escribe sin artículos». La supresión de artículos no se puede considerar como aragonesismo, y sí como costumbre cortesana. Antiguamente, el concepto amplio de artículos, comprendía otras partes de la oración. Avellaneda suprime, con frecuencia, las partículas «de» y «que».

Uno de los escritores a quien se le ha imputado el seudónimo, es Lope de Vega. Menéndez y Pelayo ha demostrado que la prosa del mencionado texto no corresponde a la de Lope.

El autor del falso Don Quijote conocía Zaragoza y Alcalá. De Toledo, en comparación con las anteriores ciudades, tenía una idea completa.

Lope de Vega estudió en Alcalá y residió en Toledo en 1590, a donde vino como secretario del Duque de Alba, probablemente acompañado de su primera mujer

Isabel de Urbina. En nuestra ciudad vivió con su barragana Micaela de Luján, así como con su segunda esposa Juana Guardo, y con otra concubina llamada Jerónima de Burgos. Fué Procurador Fiscal de la Cámara Apostólica en el Arzobispado de Toledo.

Sabemos que Avellaneda era enemigo de Cervantes; en el prólogo del falso Don Quijote le ofende gravemente. Lope le ignoró en sus escritos como autor del Quijote, y le consideró mal poeta, aunque en el «Laurel de Apolo» le mencionó, fríamente, como buen versificador.

El que lo escribió tiene un conocimiento claro de la manera de ser y de vivir de la gente de teatro, y se declara admirador de Lope.

Contestando a Torres Rámila, Lope de Vega escribió dos sangrientas sátiras, en las que colaboraron Tamayo de Vargas y Medinilla. Este último no podía ser el autor de la obra que nos ocupa. Baltasar Elisio de Medinilla acusa en sus obras algo de toledanismo y éste se caracteriza por un abundante empleo de la preposición «de» y de la conjunción y pronombre «que».

A la vista del antecedente de las sátiras, bien pudo haber tenido Lope buena parte en la redacción del Quijote de Avellaneda en unión de algunos discípulos suyos de la camarilla toledana.

¿Ha investigado alguien sobre este punto en relación con algún escritor de finales del siglo XVI o principios del XVII que hubiere tenido un cargo en la Casa del Nuncio?

Creemos que no.

FERNANDO ESPEJO



## TOLEDANOS ILUSTRES

## NAVARRO LEDESMA

El 21 de Septiembre hace 47 años que murió Navarro Ledesma. Ofrecemos hoy, en homenaje al maestro, la reproducción de unas admirables cuartillas escritas por «Azorin» en el primer aniversario de su muerte.

Yo no sé cómo podía trabajar tanto Navarro Ledesma. Por la mañana asistía a su Cátedra del Instituto. Yo, que doy algunos paseos por aquellos barrios populares, le encontraba muchas mañanas.

—¡Hola, «Azorin»!

—¡Adiós, D. Francisco!

—¿Qué hace usted por aquí?

—Nada, voy dando una vuelta por estas calles.

Cambiábamos cuatro palabras más, y nos separábamos; él se alejaba lentamente, como cansado; yo continuaba mi paseo, escudriñando pequeñas tiendas de peroceros y regatones. Llegaba la tarde, y Navarro Ledesma, que había estado una hora u hora y media con sus discípulos, trabajaba un momento en casa, y luego se marchaba a la redacción de *Blanco y Negro*. Era el alma de este periódico; allí entraba por la ancha puerta, ascendía luego por la blanca escalera de mármol, atravesaba un salón, volvía a ascender por otras escalinatas angostas, y llegaba a una estancia dividida en varios compartimientos; en uno de ellos se metía nuestro amigo, se sentaba ante una mesa cargada de libros, papeles, notas, fotografías, periódicos, pruebas de imprenta, y comenzaba a llenar cuartillas, cuartillas, cuartillas, con su letrita menuda, regular y firme. Muchas de estas cuartillas iban a *Blanco y Negro*; otras iban a *Gedeón*; eran unas estos trabajos anónimos que aparecían en aquel periódico, que servían para explicar unas fotografías y que daban en una breve y sustanciosa síntesis la visión de un pueblo viejo castellano, la historia de un vetusto palacio, o la nueva y sutil moda que acababan de inventar los modistos de París; eran otras cuartillas—las destinadas al semanario satírico—bibliografías humorísticas sobre libros absurdos, o amenas y truculentas fantasías políticas. Entretanto, Navarro Ledesma recibía a los amigos, a los compañeros que venían a traer un artículo, escribía cartas a otros, consultaba libros, charlaba con los demás confeccionadores del periódico sobre proyectos y planes para el porvenir. Y cuando daban las nueve, cansado, abrumado por cinco o seis horas de trabajo, cogía su bastón y su sombrero y se marchaba a casa.

Esta era la vida que llevaba Navarro Ledesma en sus últimos tiempos. Había acabado de escribir un libro de muchos arrestos y energías: su biografía de Cervantes; escribía diariamente un artículo en *A B C*; todas las semanas enviaba dos o tres a *El Imparcial*; en el *Gedeón* llenaba él dos o tres páginas; hubo semanas en que todo el *Blanco y Negro* salió escrito por su pluma, y aparte de esto, no dejaba de la mano su colaboración en las revistas *La Lectura* y *Nuestro Tiempo*. El trabajo era abrumador; un día nuestro amigo quiso descansar durante una breve temporada y pensó marcharse de Madrid; escribió un artículo en *A B C* titulado «Hasta Luego», y salió de la corte. No supe yo entonces nada de él; me hallaba viajando también por provincias, y a mi regreso me encontré en

Madrid una carta suya fechada en Burgos: en ella me contaba sus peregrinaciones por la tierra castellana, me decía que tenía en proyecto una serie de artículos en que relataría sus viajes, y terminaba dándome cuenta de un ligero accidente que había tenido. Pocos días después un amigo me dijo que Navarro Ledesma había llegado a Madrid; el mismo día tuve ocasión de hablar con el hermano político del escritor, Tomás Cubas, que le había acompañado en su viaje. Nos encontramos una tarde en la puerta de Lhardy.

—¡Hombre, Tomás!

—¡Caramba, «Azorin»!

Nos dimos un abrazo y entramos a tomar una copa de Oporto; siempre que yo encontraba a este querido amigo era en la puerta de Lhardy, y siempre me hacía sorber una poción de este grato vino citado.

—¿Y Paco?—le pregunté yo a Cubas.

—Está en cama. Ya sabe usted lo que ha ocurrido un día en Burgos: estábamos paseando por las afueras, cuando al ir a apoyar el pie, sintió de repente un dolor vivísimo: él creyó que le habían tirado una piedra y volvió la cabeza a todos lados para ver quién había sido, pero no había nadie. Le molestó mucho el dolor del pie en los días siguientes, pero no suspendimos el viaje; no le daba é importancia al accidente ni se la dábamos nosotros. Sin embargo, el pie fué poniéndose peor; decidimos volver a Madrid, y como ya no podía andar, lo colocamos en una silla y lo llevamos al tren. Ahora está bien, relativamente.

—Entonces, ¿es cosa de pocos días?

—Sí, de seis u ocho. Vaya usted por allí una tarde.

Fui uno de los días inmediatos; Cubas me dijo que el médico estaba con el enfermo, y esperamos un momento charlando en la biblioteca. Cuando se marchó el médico, yo entré a ver a Navarro; estaba tendido en la cama, pero tenía un poco fuera de las sábanas el busto y se reclinaba en las almohadas; la parte inferior del lecho estaba descubierta; por ella asomaba una pierna del enfermo, que descansaba en un pequeño cojín. Sobre la mesilla de noche había libros y periódicos, y en medio de la cama, mal doblado, aparecía un número de *Le Journal*. Saludé al enfermo y comencé a departir.

—Pero ¿qué ha sido eso?—le dije yo.

—No sé; no lo sabe nadie tampoco—contestó él riendo— Una tarde íbamos paseando por Burgos y sentí un dolor muy intenso; creí que me habían tirado una piedra, y luego vi que no había tal cosa. No creí que fuera nada, pero los dolores se hicieron tan agudos, que tuvimos que regresar a Madrid. Creían al principio que era una fractura: ahora me están dando el masaje en la pierna; ha venido también el doctor Bravo, el médico de los toreros, y me ha visto... ¿Qué hace usted?—añadió de pronto pasando a otro tema— ¿Ha estado usted por el Norte?

Yo le di cuenta de mis viajes, y le dije que había visto a Galdós en Santander.

He estado también en Oviedo—añadi—

y he curioseado en la biblioteca de «Clarín».

—¡Hombre! —exclamó él—. ¿Y cómo está esa biblioteca?

—Está toda desordenada —dije yo—; «Clarín» murió a los pocos días de mudarse de casa, y no tuvo tiempo ni humor para arreglar sus libros. Por cierto —agregué— que en la biblioteca he encontrado una cosa muy interesante: es un librito de memorias que «Clarín» llevaba siempre consigo, y en el que hacía algunas apuntes íntimas; lo he traído para que lo vea usted.

Saqué el cuaderno y se lo alargué: él cogió los lentes que tenía sobre el mármol de la mesilla, se los puso, se repantigó cómodamente y comenzó a leer las notas de «Clarín».

—Aquí hay muchos números de lotería —decía—; vea usted: 18.340... 2.916... 6.720... Parece que «Clarín» era muy aficionado a comprar décimos. Estas son —añadía después pasando algunas hojas— las cuentas de la boda de que usted ha hablado en *A B C*.

Iba leyendo nuestro amigo estas anotaciones en silencio, y de pronto exclamó.

—¡Hombre, aquí tenemos cuatro versos griegos! ¿Los ha leído usted?

—No, le contesté.

—Pues lo raro es que estos versos están escritos con caracteres griegos, pero son castellanos. Dicen así:

¿Te acuerdas cuando pusistes

tu cara junto a la mía,

y llorando me dijistes

que nunca me olvidarías?

—Es extraño— dije yo.

—Si —observó él—, es interesante. ¿Quién sería ésta que puso su cara al lado de la de «Clarín» y le dijo que no le olvidaría nunca?

Reímos los dos y hablamos de otras cosas. Iba llegando la noche; la estancia se hallaba sumida en la penumbra; se oían los campanillazos de los tranvías que pasaban por la calle. Me despedí de Navarro y salí del cuarto.

—Está bien —me dijo Cubas en la puerta de la escalera—; está bien: pero se queja mucho cuando no hay nadie; él es muy aprensivo y no cree que se va a morir.

Cubas sonreía al decir esto; estreché su mano y me marché. No volví al día siguiente porque me impidió hacerlo no sé qué ocupaciones; dos días después, por la mañana, al saltar de la cama y coger *El Imparcial*, vi unas barras negras y un grueso título que decía: *Navarro Ledesma*. Aquella misma mañana, inmediatamente, fui a la casa de nuestro amigo; Cubas me abrazó llorando al verme.

—Es tremendo... es tremendo —me dijo entre sollozos—; esta madrugada se sintió de pronto peor..., se apoyó en mí..., le dió un vómito... y murió sin decir nada.

Entré en la biblioteca, donde ya había varios amigos, y me senté en silencio.

AZORIN



## LAS HORAS PASADAS

Las horas se me escapan por mis yemas.  
Las siento resbalar entre mis dedos,  
y andar —sin prisa— por la vía sin fin  
de los espacios muertos.

Yo lucho, en una lucha sin vencidos.  
Y las horas se escapan sin quererlo,  
sin apenas dejarme con las mieles  
de su boca

o el olor de su pecho.

Y tan cerca se me van, que mi mente  
oye el rumor de sus minutos quietos  
...pero al ir a cogerlas, huyen lejos;  
y cuando llego lejos ya escaparon  
por la infinita ruta de los cielos,  
cada vez más lejos

más lejos

fuera del alcance de mis dedos.

Yo lucho por parar esa carrera  
de segundos y de minutos quietos,  
...pero las horas con su monorritmia  
se van por los caminos del silencio.

.....  
En mi batalla, ¡sí que hay un vencedor!  
Cuando el cuerpo se quede frío y muerto,  
mi alma volará libre, sin cadenas  
de segundos y de minutos huecos,  
y las horas quedarán atrás, solas,  
flotando en el espacio, ya sin cuerpo.

\* \* \*

¿Para qué, entonces, las va a querer mi alma,  
si ya no corren y no cuenta el tiempo?

ALFONSO VILLAGÓMEZ RODIL

## ERES DESEO...

Eres deseo como el agua clara  
en la agónica fiebre de la arena.  
Eres el sortilegio que me ampara  
de hundirme en el abismo de una pena.  
Eres caricia de añorado viento;  
eres la ansiada sombra en la meseta.  
Si tengo triste el alma, mi contento;  
dulce sedante, en mi tortura inquieta.  
Yo, palmera.  
Tú, jardinero;  
Yo la flor del espino...  
Eres como amuleto en mi quimera.  
¡Soñar de limonero  
con la encina..!

## VARIACION

Quisiera olvidar el tiempo  
porque el recuerdo hace daño;  
quisiera olvidar el tiempo  
como antaño...  
Sigo su voz, si me alejo,  
sueño que mi frente nieva...  
¡Parece un romance viejo  
al son de una canción nueva..!

## ILUSIÓN

Fué tan breve  
que al nacer murió en tus brazos.  
Fué tan honda, que aún te hiere...  
Fué la nieve  
que cubrió tu alma a retazos;  
fué la vida que se muere.  
Fué amargura;  
y al morir, por mi muerte caes de hinojos.  
Tu ternura fué lágrimas sin llanto  
de tus ojos...  
Plegaria de tus labios,  
un clamor sin quejidos ni resabios...  
Fué un latido  
ahogado en mi dolor y mi sentido.

ESPERANZA HEREDERO

## A TOLEDO

¡Oh! tú, Toledo la bella,  
gran Toledo, la leal,  
sede del Episcopado  
y cuna de stirpe real;  
en las tallas y esculturas  
de tu bella Catedral,  
entre las ruinas gloriosas  
de tu Alcázar ancestral,  
en tu calle estrecha y pina

hay la raigambre habitual  
que se respira en la Historia  
de esta España tan genial.  
Eres la gloria de España,  
eres, Ciudad Imperial,  
el germen, la vida siempre  
y en el momento fatal  
o en el peligro creciente  
fuiste la ardiente vestal

que avivara el fuego patrio  
con un valor siempre igual,  
haciendo guerra al infiel,  
fuiste tú la capital  
de la España que empezaba  
el gran camino triunfal  
que siguió y que seguiremos  
por nuestro signo racial.

JOSÉ M.ª GÓMEZ PÉREZ



# Los caballos de Velázquez

—¡Qué monstruo! ¡Eso ni es un caballo ni cosa que se le parezca..!

Mientras contemplo el cuadro de Felipe IV, por Velázquez, oigo estas palabras y me vuelvo para mirar a los que así hablan. Estoy indignado y me decido a defender a Velázquez. Después de cambiar unas frases, obligadas por la cortesía, comienzo:

—Hace un momento les he oído llamar monstruo a ese caballo de Velázquez. Creo que están ustedes equivocados, o será que tienen la vista acostumbrada a ver únicamente puras sangres ingleses y caballos árabes... o quizá solo los magníficos ejemplares que se ven en la plaza de toros— les añado con ironía.

Mirándome sorprendidos, me contestan:

—¿Y de qué raza es, puesto que sabe usted tanto?

—No es que yo sepa mucho —replico— y menos si se trata de caballos, pero Velázquez era un pintor exageradamente meticuloso, como ya habrán podido observar, y no se puede concebir que no lo haya sido también con los caballos que pintó. Es de suponer que una Corte como aquella tuviese caballos seleccionados y de la mejor raza que existiera. Estos son primos hermanos de la famosa raza de los Lipizander, es decir, que los dos tienen los mismos ascendientes, pero éstos se quedaron en su tierra natal y los otros se fueron a Austria.

—¡Vamos, no nos cuente usted cuentos, que ya somos mayorcitos!— Y me miraron indignados.

—De ninguna manera —prosigo—, lo que digo es la pura verdad. Les explicaré algo de la genealogía de esta raza para que me entiendan mejor: El caballo ibero ya era famoso en tiempo de los romanos, y los corceles blancos de César, que Hispania le envió, tenían fama en el mundo entero. Más tarde los árabes trajeron a la península sementales para cruzarlos con los españoles, mejorando y asegurando nuestra raza. Maximiliano II de Austria introdujo el caballo español en sus tierras allá por el año 1562 y fundó la yeguada de la Corte; pero fué su hermano, el Archiduque D. Carlos, el que dió el nombre de «Lipizander» a su yeguada, compuesta de caballos españoles, pues llevó yeguas y sementales que mandó comprar en España al pueblo llamado Lipiza, cerca de Trieste.

Estas dos yeguadas fueron las que luego suminis-

traron animales a la famosa «Escuela Española de Equitación» de Viena, que existe aún hoy en día, llamándose de la misma forma, y sus caballos son los sucesores directos de aquella noble raza española. No me han faltado cuadros ni fotografías para observar y darme cuenta que los llamados «Lipizander» son de la misma estirpe que los de los cuadros de Velázquez, y mis informaciones posteriores me llevaron por el camino de poder comprobar que tenía motivo sobrado para ello.

Los «Lipizander» tienen las mismas características que los caballos de Velázquez: cuerpo grueso y compacto, pecho ancho, espalda larga y musculada con grupa fuerte, cruceras algo pronunciadas, cuello bas-

tante grueso y cabeza larga con ojos expresivos y orejas bien colocadas; tienen crin fina y cola larga y poblada de pelo sedoso —mientras hablaba iba señalando el cuadro de Velázquez—, los miembros son cortos, de huesos fuertes, tendones enjutos y cascos bien formados.

—Todo esto está muy bien, pero un caballo no se queda nunca en esa postura. Es imposible, y aún menos si está montado por un jinete.

Ante esto, no tuve más remedio que continuar relatando algo más sobre los «Lipizander» para intentar convencerles:

—La «Escuela Española de Equitación» de Viena, se especializó en la «Alta Escuela», nombre que se emplea para cierta clase de doma

muy difícil y de gran arte, para la cual no sirven todas las razas de caballos, ni mucho menos, por cuyo motivo se usaron principalmente caballos españoles, pues reunían las cualidades especiales indispensables para obtener un buen resultado. Esta postura que ustedes critican es la llamada «Levade» en Alta Escuela. Para este paso el caballo se eleva del suelo con sus manos y luego las encoge hacia el pecho, mientras que con los cuartos traseros, profundamente doblados, flexionados en las patas y grupa, soportan todo el peso del cuerpo. El tiempo que puede resistir un caballo en esta postura depende de su fuerza y aptitudes, y como ya he dicho antes, llevaron ejemplares de nuestra raza por su mayor capacidad, fuerza y dotes peculiares imprescindibles para la Alta Escuela. Y Velázquez no pintó esta figura nada exagerada; no dudo que tendría





sus motivos, quizá por no estar el caballo bien puesto en doma, o bien el jinete novato en monta de Alta Escuela... No lo sé, pero lo que es indudable es que Velázquez no pintó ningún animal monstruoso: ese animal era un caballo, y, además, de raza existente, apreciada y que aún se conserva, pues la «Escuela Española de Equitación» fué puesta bajo la protección del General Patton durante la última contienda mundial.

Pero no sé por qué les hablo de los «Lipizander»: hagan una excursión por Andalucía y, aunque el caballo no conserva su antigua silueta, verán muchas jacas camperas cuyos dueños se ufanan con sus proezas y alardean de pasos del animal conseguidos a fuerza de crueles bocados y temibles espuelas.

No dándose por vencidos mis interlocutores, me argumentan:

—Aún admitiendo que así fuera y se pudiese aplicar al caballo de Felipe IV, el que monta el Príncipe Baltasar Carlos no puede ser admitido como normal. Fíjese usted en ese vientre tan exageradamente gran-

de —me dicen mientras nos dirigimos hacia este cuadro.

—Para empezar —les digo—, esto no es un caballo todavía, es un potro, y tanto los animales como las personas tienen vientres grandes al comienzo de su vida. Además, este cuadro fué pintado para colocarlo en alto, en una sebrepuerta del Salón de Reinos del palacio del Buen Retiro, y no para ser visto al mismo nivel, como ahora lo vemos... Pero ¿por qué no se tumban en el suelo y así verán cómo mejora, aunque, claro está, no del todo..?

Pero mi proposición no les gustó, y bastante molestos por lo que les pareció una broma de mal gusto, se despidieron. No pude menos que decirles y aconsejarles que fueran a ver los caballos de Goya en sus cuadros «El Dos de Mayo» y el «Retrato de Palafox»: «...quizá encuentren ustedes un defensor de aquellos animales con cuatro patas. Yo les confieso que aún no les he encontrado su ascendencia».

¿Les convencí? Quizás. No lo sé, pero de ilusiones vive el hombre.—PINCEL.

## Noticias de nuestros asociados

### Homenaje de ESTILO al artista toledano, JULIO PASCUAL

*El día 9 de Agosto celebró nuestra asociación una cena de fraternidad, que rebasó el centenar de comensales, dedicada al ilustre artista toledano D. Julio Pascual, con motivo de su reciente concesión de la Encomienda de la Orden de Alfonso X el Sabio.*

*Los jardines del Hostal del Cardenal brindaron sus más atrayentes encantos, así como todos los empleados rivalizaron en toda clase de atenciones. Presidieron la mesa, junto al homenajeado y su señora, el Director accidental D. José Relanzón (por indisposición de D. Enrique Vera) y los miembros de la Junta Directiva D. Cecilio Béjar, Don Gabriel Ledesma y D. Clemente Palencia, que al finalizar la cena dedicó, en nombre de ESTILO, el homenaje de admiración al artista, trazando su semblanza*

*y refiriendo preciosas anécdotas de su vida. Destacó todo lo que hay en D. Julio de entrega por Toledo, y todo lo que significa la biografía del silencio, de la laboriosidad y de la modestia que resplandece en su obra de artífice.*

*A continuación leyó un soneto original, dedicado al Hostal del Cardenal, el poeta Juan Antonio Villacañas. D. Julio Pascual pronunció después unas palabras de agradecimiento para ESTILO, abrazando con visible emoción a cada uno de los asociados allí reunidos.*

*Como nota simpática del acto hay que recordar la presencia en él de los catedráticos D. José Pastor y D. Antonio Pradas con numerosos estudiantes franceses que accidentalmente se encontraban en excursión turística en nuestra ciudad, dentro de su programa de Cursos de Vacaciones para extranjeros, los que fueron recibidos con calurosos*

*aplausos por parte de los asociados de ESTILO.*

\*\*\*

*Recientemente se ha concedido a nuestro asociado D. Angel Ortiz Dou la Encomienda de la Orden del Mérito Civil. A Manuel Martín Pintado, el premio de los carteles de mano de la Feria. A ambos nuestra más cordial enhorabuena.*

\*\*\*

*La próxima Exposición de Otoño se inaugurará el día 31 de Octubre. Los socios que deseen concurrir pueden presentar sus obras en la portería del Ayuntamiento durante los días 25 (sábado) y 27 (lunes) del citado mes.*

\*\*\*

*Después de una delicada operación se encuentra totalmente restablecido en su salud el Presidente de ESTILO, D. Enrique Vera, lo que constituye una gran satisfacción para todos los asociados.*



## OPINIONES

## "Luz sin tiempo", de Fernando Allué

...Preciosa «luz sin tiempo». Estos versos tan diáfanos, tan ingenuos, son la expresión de una madurez de poeta; expresión admirable.—*Gregorio Marañón* (de la Real Academia Española).

...«Luz sin tiempo»: En esa elegante y sentida sencillez está la poesía. Impregnada «Luz sin tiempo» del pensamiento que la informa —el amor paterno—, ha de ser doblemente espontánea y delicada. Otro acierto es el del tono general y adecuado que da a todo el libro el romance heptasílabo.—*Narciso Alonso Cortés* (de la Real Academia Española).

...Poesía fina, exacta, llena de sentido, con algunos indudables reflejos, llevados muy limpiamente.—*Dámaso Alonso* (de la Real Academia Española).

...Hay para mi gusto en este libro dos cualidades esenciales y dos accidentales. Las primeras son ternura y sencillez; las otras dos —que, aunque accidentales, no dejan de contribuir favorablemente a la valoración del conjunto—, son unidad y equilibrio. Los treinta poemas guardan una perfecta unidad no sólo temática y formal, sino también de tono, de actitud, de posición del poeta ante el tema, que es una serena contemplación.—*Leopoldo de Luis*.

...«Luz sin tiempo» es un libro encantador que se lee con mucho agrado.—*José Luis Cano*.

...Estos poemas del niño —dentro de su aparente sencillez—, bien se ve

que son obra reposada de arte y madurez lírica. Todos los romances son deliciosos y además encuadrados en una edición pulcra, recoleta y muy inteligente. El título «Luz sin tiempo» es ya de por sí un hallazgo.—*Lope Mateo*.

...El niño —*luz sin tiempo*— está presente como una inefable claridad alegre en todos los versos de Allué, que, sin dejar de ser comprensivos, tienen esa dulce fineza de la lírica auténtica. Leyendo este libro de Fernando Allué, nos hemos acordado de aquella frase de Menéndez y Pelayo: «Todo hombre tiene horas de niño y desgraciado del que no las tenga».— El poeta en una madurez bien lograda, vive y canta las más puras y tiernas emociones de los niños. ¡Ah las emociones que los niños dejan en nosotros! El niño surge, es la «levedad profunda», alza sus manos —«tiernas banderitas blancas»—; el niño juega, el niño duerme... —Versos pulcros, muy sentidos y muy cuidados, todos tocados por la gracia del buen amor, estos poemas infantiles quedarán como ejemplo de encantadora apacibilidad.—*Francisco Javier Martín Abril*.

...El libro está lleno de ternura, de luminosidad, de delicado y dulce amor paternal. Pasa la vida por él llena de gozo.—*Rafael Morales*.

...Treinta poemas breves, en romancillos heptasílabos, cristalinos, transparentes, plenos de poesía; son apuntes de pintor miniaturista en los que se alternan la metáfora y el detalle, la

observación y la idea.—*Carlos Rodríguez Díaz*.

...Obra digna de aplauso y alabanza. He admirado en sus páginas sentimientos delicadísimos, visión certera de los ambientes psíquicos y plásticos, imágenes felices.—*Luis Araujo Costa*.

...Toda la delicadeza que caracteriza la lira de Allué resplandece en estos versos con finas observaciones e inefables ternuras. —...Escritos los poemas en la Vega Baja de Toledo y en la sierra del Guadarrama, tienen sugestivo ambiente campestre con auras, colores y aromas de primavera, que aureolan a maravilla el sujeto gracioso de la lírica loa.—*A. Gómez Camarero*.

...Es lo más logrado, lo más perfecto que ha salido de su pluma. Como un surtidor de luz blanca, purísima, que brota por espontáneo estallido de la naturaleza, e imitando a una flor de agua, se alza y deshoja en el aire, y cae tan cristalino como el nacer; pues ésto, la pureza del pensamiento y del ropaje literario, precisamente ésto, el haberse hallado el poeta a sí mismo, un «yo» que anduvo algo cautivo de sugestivas excelencias en anteriores trabajos, el haber recogido los caudalosos elementos propios para construir las sencillas arquitecturas de sus poemas, precisamente ésto, sinceridad, sencillez, pureza, es lo que me ha parecido una superación y un formidable hallazgo, pues muchos se mueren manchando millares de cuartillas sin encontrarlo.—*Manuel M. Agacir*.

## ACONTECIMIENTOS DE AYER

## JULIO DEL AÑO 1561

## Muere en Toledo el escultor Alonso Berruguete

Este notable escultor palentino, hijo del pintor Pedro Berruguete, vino a Toledo desde Italia, donde marchó a trabajar al lado de Miguel Ángel.

Muchas son sus obras en las diferentes capitales españolas y todas ellas de un mérito extraordinario, pero la que más fama le ha dado fué la última que ejecutó en Toledo: el sepulcro del Cardenal Tavera en la iglesia de este hospital.

Hizo el retablo del convento de Santa Ursula. También se le atribuye la portada de San Clemente el Real y algunas esculturas, entre ellas la de Santa Leocadia.

Fué considerado como el gran maestro del renacimiento español y su fama es universal.

Si a Palencia le cabe la honra de haberle visto nacer, Toledo recogió el último suspiro, de tan gran artista, el 18 de Julio de 1561, que murió en la habitación que está bajo el reloj del Hospital de Afuera.

## AGOSTO DEL AÑO 932

## Abderraman III derrota a Giafar, hijo de Caleb-ben-Hafsun, y se apodera de Toledo

Cuarenta y seis años hacía que Caleb-ben-Hafsun había declarado a Toledo independiente del Califato.

Abderraman III trató de atraerse por medios pacíficos a los toledanos, mas no lo consiguió, por lo que decidió recurrir a las armas.

Con un buen ejército acampó en la Vega Baja, junto al cementerio, y rodeando a la ciudad fué estrechando el cerco y taponando las salidas a fin de que no pudiesen escapar los sitiados, y como era costumbre de hacer la guerra, destruyendo durante mes y medio las cosechas, sembrando pánico en las haciendas y casas de campo, hasta que decidieron los de Toledo capitular. Para ello comisionaron al almocadén para que solicitase la paz del Califa, entregándose todos a condición de que se les perdonase la vida, como así se hizo, y el 30 de Agosto del año 932, Tolaitola fué sometida de nuevo al Califato.—RAMÍREZ DE DIEZMA.



# Observaciones en un baile

Parece un poco anómalo, así, a vista de pájaro, el que se pueda observar en un baile, y menos si es el primero o han sido pocos los presenciados, pero quizás esta misma circunstancia de bisono, hará más objetiva —pienso yo— mi observación. Pero a poco que se piense, en el baile, como en todos sitios, hay dos partes: una activa y otra pasiva, que se traduce en una doble función de actor y espectador. Y en la vida también se encuentran personas llamadas sólo a ser espectadores, contempladores desde silla esta ficción, en virtud del equilibrio que debe presidirlo todo, de una compensación universal. Aquí hablo, claro está, como pasivo, como el que ve bailar, porque el que baila no puede observar, ni tiene tiempo de verificar reflexión alguna. Al entrar en el salón, el bailarín, al mismo tiempo que se despoja de sus prendas y las deposita en el guardarropa, deja allí por un poco de tiempo en depósito su facultad intelectual, su conciencia. Sucede lo contrario al que allí llega como espectador, que se abigarra al poner el pie en el «hall» con palmeras (no se concibe el vestíbulo de estas diversiones sin una vegetación arquetípica, sin el detalle multiplicado) de un tono observador, se afila la vista y los sentidos en un afán de agudizar «in mente» todo lo que vea. El que allí se sienta entrelaza ideas, las une, las vuelve a desatar, queriendo descifrar un poco aquello que allí ve y ponerlo a los Rayos X de sus capas cerebrales, para penetrar la esencia, el esqueleto de todo lo que aparenta solidez. Quizás sea más fácil ver bailar con ojos traspasantes que bailar simplemente, pero quizás no.

Bien es verdad que si un danzante de esos que trenzan giros en la pista se acomodara en nuestra butaca y empezara a analizar la escena, pudiera ser su análisis más detallado o más complejo.

En un principio no se ve nada raro, sólo se ve lo que va quedando en nuestra retina inflamada de colorines varios; es decir, que hay muchas parejas bailando; que unas lo hacen bien, otras mal, y otras ni bien ni mal; que la orquesta es mala o es buena, más fre-

cuente aquéllo que ésto; en fin, lo que nuestros ojos nos dicen. Pero conforme va transcurriendo el tiempo, en el baile se observan cosas curiosísimas: la primera que nos llega, porque despide un tufo maloliente o un perfume barato, como se quiera, es que allí reina un ambiente artificial, se respiran productos químicos y no aire puro. Los perfumes y las esencias invaden el salón o el jardín, anulando el olor de unas pocas rosas y de las madre-selvas que verdean el muro blanco encalado. La Cosmética ha ganado a la Naturaleza en la batalla mal interpretada del buen gusto. Sobre este trasfondo se apercebe otra artificialidad humana que daña mucho más aún que la primera, y es entonces cuando caemos en la cuenta que los personajes están hechos a la medida del decorado de esta tramoya de opereta. No hay acción ni pasión, sólo un automatismo vacío y huero que se hace aún más insoportable por el celofán de la petulancia necia. Todo es como el perfume de esas señoritas que lo pasean por el jardín, en sus vueltas, faltas de gracia y de femineidad.

Vemos también que falta la almazón a la reunión, que no tiene espíritu esta sociedad, porque —¿no lo había dicho?— en la puerta del edificio hay un cartel que reza: Baile de Sociedad. ¿Esto es Sociedad? —inquire uno extrañado—; ¿la juventud que bulle ahí dentro tiene sentido, función de Sociedad, cuando no existe ni un hilo que una nada de lo que hay pasando la puerta...? ¡Cuando todo, todo esto, es aislable, vacío, sin cohesión; es como el pan que se desmorona; lo dan el nombre, y con mayúsculas, de SOCIEDAD! Acaso —nos irritamos en un soliloquio aclarador—, ¿puede existir un hombre sin costillas? Pero, entonces... ¿cómo es un baile de no Sociedad?

Decididamente, estando allí dentro, dan ganas de convertirse en antisocial, si es que uno no ha sido ya ganado por el tráfico cotidiano que nos enseña su cáncer amenazante para toda convivencia, contagiándolo todo. Y entonces surge, como un hada buena, la imaginación, la gran suplidora de realidades feas.

Se añoran islas desérticas, con árboles portando frutas y pajarillos en sus ramas, y el mar. (Puro mecanismo orgánico de retrotracción al primitivo estado humano paradisíaco, que por picantuela curiosidad feminil nos fué negado).

Sucede que la soledad es más sincera que eso que estamos presenciando; ella no nos puede engañar; su ambiente es denso, tibio, con perfumes naturales y en las rocas agrestes de la isla perdida crecen flores silvestres, pero no de papel ni de trapo pintado; y el canto de las avejillas es más dulce, más significativo que esos sonidos chirriantes del trompetín o del «jazband». Quizás nos hayamos puesto un tanto nostálgicos, un tanto pesimistas; muy posible es que carezca de razón al pensar de esta manera, egoístamente, sólo porque mi gesto sea antípoda del de los demás.

Seguimos viendo que por la expresión de la cara y sus ademanes, deben ser muy felices los que están danzando este vals, pero a nosotros nos asalta una duda: ¿es que porque su fachada sea alegre y esplendente, rozando un poquitín el orgullo, han de estar en buen estado sus habitaciones interiores, esos patinillos que a nadie se enseñan? ¿No será que todos sus actos se encaminen a ese «blaqueamiento de sepulcros», que se quiera revocar la portada de la mísera casa, dejándola hundirse en los cimientos?

En fin, también notamos otra cosa: el baile cansa al observador; ya no quiero estrujar más conclusiones; está saturado de infidelidad, de hipocresía, de una chispita de inmoralidad.

Salimos a la calle, y cuando nos da el aire fresco de la madrugada, con olor a churros y al «pan y quesito» de los árboles que velan la plaza callada, sonreímos eufóricos por dentro y por fuera.

PABLO GARCÍA MANZANO

En esta Revista colaboran exclusivamente los Asociados de «Estilo». Uno de sus principales fines es servir de estímulo para los artistas toledanos.



# La Hermana Campanera

Por PABLO GAMARRA RAMIREZ

(Continuación)

CONDESA.—Tal será vuestro deseo, Don Nuño, pero aunque quiero compartirlo, no sé... siento algo profundo, que me dice algo otra cosa muy distinta...

CONDE (jovial).—¡Por Dios, Doña Mencía!, mi honorable esposa, que los tiempos no pasan en balde, ya que esos presentimientos os alejan de la mujer fuerte que siempre fuisteis...

(Le ofrece gentil el brazo).

CONDESA.—¡Quiera Dios que yo me equivoque!

(Desaparecen por una galería. El criado, después de una reverencia, apaga y sólo deja una discreta luz y váse).

ESCENA 3.<sup>a</sup>

(Aparecen por un practicable Don Ramiro y su escudero).

DON RAMIRO.—Que mi hermana a deshoras desee hablarme, en extremo me choca, y que el asunto debe ser grave, también me parece; pero, en fin, pronto de dudas saldré... ¡Gastón!

GASTÓN.—¡Señor!

DON RAMIRO.—Llama en el aposento de mi hermana y dí que impaciente aguardo.

GASTÓN.—Está bien, señor.

(Llama y pequeña pausa en contestar; Don Ramiro se sienta).

ESCENA 4.<sup>a</sup>

(A la llamada se abre la puerta y aparece la Dueña).

DUEÑA.—¡Oh! bien sabía yo, que arrepentido de vuestra anterior insolencia, perdón ahora vendriais a pedirme; ¡Gastón! y podéis creerme... no me enojé tanto...!

GASTÓN.—También yo me figuraba que las comadreas no eran tan parlanchinas y héme equivocado...

DUEÑA.—¡Pero...!

GASTÓN.—Cerrad el pico y decid a vuestra señora que su hermano impaciente la aguarda.

DUEÑA.—¿Y... nada más? ¿Y por vuestra parte...?

GASTÓN.—¿Por mi parte? pues... que como no os déis prisa...

(La atemoriza y se entra corriendo).

¡Señor, vuestras órdenes están cumplidas!

DON RAMIRO.—Gracias, Gastón.

ESCENA 5.<sup>a</sup>

(Por la puerta que se marchó la Dueña sale Rosaura. Discretamente se aleja el escudero y cuando la Dueña aparece también, con un chasquido de dedos la hace alejarse. Quedan sólo Rosaura y Don Ramiro, que al verla se levanta y va hacia ella).

Mi buena Rosaura. ¿Qué deseas de mí?

ROSAURA.—¡Hermano! (pausa) ¡Sí!, quiero, aunque sea por última vez, darte este dulce nombre de hermano...

DON RAMIRO.—Rosaura, hermana mía, ¿qué te acongoja? ROSAURA.—¡Escuchad, Ramiro, y luego juzgaréis...! (Llorosa).

Juntos, uno al lado del otro, crecimos entre las caricias de nuestros padres, como crece la yedra junto al olmo, como crece la humilde violeta al resguardo del prado, como crece la indefensa azucena protegida del cierzo, como trinan los pájaros al viento, como murmura el arroyo a las praderas, como riel la luna en los remansos. Yedra, violeta, azucena, pájaro, arroyo, luna era yo; y vos, mi querido hermano, olmo vigoroso, prado apacible, cierzo punzante, viento sutil, pradera feraz y remanso protector de mi debilidad femenina; y yo, que todas mis cuitas os contaba, que mis sueños descifrabais, que nunca el menor secreto guardé para vos, he aquí que un día, y el sonrojo acude a mis mejillas, no me atreví a deciros lo que hoy me pesa...

DON RAMIRO.—Y bien, mi querida Rosaura, ¿para esto me habéis hecho venir a deshoras a veros? Sois tan niña que...

ROSAURA.—No, Don Ramiro; tened un poco de paciencia y dejadme proseguir... Un día, por mi mala ventura, tuve a bien escuchar las lisonjas de un caballero; sus cantarinas palabras, en mis oídos sonaron a fiestas de gloria; yo, niña inexperta, y él, ducho en lides de amor, juzgad...

DON RAMIRO.—¡Rosaura!

(Rosaura llora y se postra a los pies de su hermano).

¡Pobre yedra, violeta, azucena...! Pero no, el olmo vigoroso, tu hermano, sabrá poner ante tus plantas al vil ofensor... ¡su nombre!, ¡su nombre!, te lo exijo, Rosaura, su nombre...


(Continuará)











---

RAFAEL GÓMEZ-MENOR, IMPRESOR  
Sillería, 13 y 15 y Comercio, 57.—Toledo

---

